

—¡La Boca del Lobo... mi madre... mi hijo... Rolando!

Y de pronto, en una crisis, se incorporó jadeante, con los ojos extraviados, gritando:

—¡Sí; maldita seáis vos!..

Y un nombre que el marqués no oyó se detuvo en su garganta.

## XIII

## El aire del país.

Aquel mismo día, á cosa de las siete y media de la tarde, un viajero, vestido como un simple obrero en día de fiesta, sin pretensiones, con una blusa limpia y cómoda, de buena tela, con buen calzado, un sombrero bien colocado sobre sus espesos cabellos, la barba cortada á la americana, un fuerte garrote con correa de cuero á la mano, tomó el tren en la estación de Lyon, después de haberse provisto de un billete de segunda para Blois.

Su cara, de facciones acentuadas, de color tostado, enérgica y franca, respiraba buen humor y contento.

Este viajero era Juan Montarón.

Hasta Blois no había nada que temer.

Los amigos del antiguo cazador furtivo hubieran podido en rigor reconocerle, á pesar de la diferencia que imprime en una fisonomía el corte de barba; pero hubiera ciertamente dudado del parecido á causa de sus maneras, que ya no eran las mismas.

Los viajes le habían formado.

Sus dos ó tres meses de vida común con el vizconde de Fleuse y á su vuelta de Australia con el respetable Turner, y también la misma instrucción superficial del hombre que ha vivido mucho, le habían metamorfoseado en poco tiempo.

Al apearse en Blois para tomar el tren de

Cour-Cheverny, principió á tomar algunas precauciones.

Entraba en terreno peligroso.

Desde su proceso, gozaba en Sologne de una cierta celebridad, más bien enojosa á los ojos de las gentes pacíficas que se contentan con mirar las cosas muy por encima.

Sin embargo, la noche le protegía.

Eran cerca de las diez.

El tren de Blois á Romorantin esperaba á los viajeros.

Juan tomó un billete de tercera y montó en un coche, mal alumbrado, colocándose en un rincón.

Allí se encontró en compañía de desconocidos que se pusieron á hablar de sus negocios y de los del país.

Tuvo la satisfacción de saber que la noticia de su fin trágico acababa de esparcirse.

Un amigo del orden que, á juzgar por sus aires de pedagogo y la solemnidad de sus frases, debía ser maestro de aldea, daba la noticia á sus compañeros de viaje.

—Sí, señores; esto es perfectamente cierto, es más que cierto, es oficial. ¡Ha muerto!

—¿Cómo?

—Se creyó que no le vigilaban, y trató de romper su cadena, de evadirse, en una palabra.

Un viajero simpático opinó:

—Bien hecho.

—¿Eso creéis?

—Yo hubiera hecho lo mismo en su caso. Me hubiera apresurado á escaparme en la primera ocasión.

—Hubieráis hecho mal, caballero,—declaró severamente el maestro de escuela.—La bala de un vigilante ó el diente de los tiburones hubieran contrariado vuestros proyectos. La sociedad sabe defenderse, caballero, de los malhechores que arroja de su seno.

—¿Ha sido la bala de un vigilante ó el diente de un tiburón los que han detenido á ese desgraciado en su fuga?

—Las dos hipótesis son verosímiles. Yo me inclino á creer que las balas de los guardias han agujereado la piel de ese peligroso forzado y que los tiburones han hecho desaparecer sus restos.

—¿Por qué decís peligroso forzado hablando de ese pobre muchacho?—preguntó el viajero simpático.

—¿Cómo llamáis, pues, á un hombre de una fuerza extraordinaria, capaz de todo, que no teme privar á la patria de uno de sus defensores, de un oficial del mayor mérito?

—¡Pischtz!—dijo el otro,—historia de mujeres. Sabéis es preciso no juzgar tan á la ligera, de todo hubo en ese asunto.

Los pareceres estaban divididos, pero cuando llegaron á Cour-Cheverny, el peligroso forzado tenía á su favor una gran mayoría.

Se lanzó fuera del vagón, dió su billete al empleado de servicio y se perdió en la oscuridad.

En lo sucesivo no tenía nada que temer.

Su excursión no debía tener más testigos que las estrellas y la luna velada por nubes que no tenían intención de hacer traición á nadie.

Las seis leguas que tenía que recorrer eran para él un paseo.

Marchaba con paso rápido; su herida no le hacía sufrir y en el jardín de los Morard había recobrado su vigor atlético.

A cosa de las tres de la mañana llegaba delante del castillo de los Corbiere.

Todo dormía.

Juan se descubrió ante el campanario del pueblo y saludó al cementerio donde dormían los restos de sus antepasados.

Cortó á través de los bosques para llegar antes y no encontrarse con las gentes madrugadoras, que hubieran podido reconocerle.

A las cuatro y minutos, al salir de los bosques de la Ferté, vió los tejados de su casa.

Delante de él el llano estaba cubierto de mieses tales como pocas veces se ven en aquel pobre terreno.

El sol iba á salir, y en medio de una bruma ligera, distinguía los edificios de la Boea del Lobo, el portal arruinado y los grandes árboles del patio.

Su pecho se dilató.

Estaba en su casa.

Apresuró el paso y llegó por fin al pórtico; pero al entrar en el patio vió unos brazos que se elevaban allá en la puerta de la cuadra, y oyó una voz, para él muy conocida, que decía con sorpresa:

—¡Juan!

Era el cazador de topos.

Corrió al encuentro de Juan, y abrazándole exclamó:

—¡Tú! ¡tú!

Y le miraba como para asegurarse de que sus ojos no le engañaban.

—Sí, yo—dijo Juan,—en carne y hueso, vivo, como ves, mi querido amigo. Y, además, encantado de estar aquí... de volver á veros.... ¿Y mi madre?

—Está bien... envejeciendo de día en día... pero es preciso tomar precauciones... Tu vuelta podría impresionarla, y ya sabes, las grandes emociones...

—Comprendo.

—Voy á prepararla...

—¿Y Pedro?... ¿Y Magdalena?... ¿Están aquí, eh?... ¿Y Marcelo?...

En pocas palabras enteró el cazador de topos á Juan de que su hermano había recibido dos días antes cartas de Marcelo, en las que le decía que había obtenido la plaza que había pretendido, que era buena, que estaba bien allí y que esperaba poder ayudarles; que les enviaba quinientos francos y que dentro de poco tiempo les enviaría más; que si tenían necesidad de hacerle saber algo se le escribiese á Bellinzona, una pequeña aldea suiza, á la dirección que indicaba en la carta, y que recibiría las cartas en seguida, porque la persona cuya dirección decía era muy amiga suya; que se consideraría feliz si podían darle alguna noticia de Teresa; que el porvenir sería tal vez bueno; que era preciso no desmayar...

—Hablabas de ti y de Guillermo—añadió el cazador de topos—con el cariño que sabes os tiene. El ignoraba aún...

—¿La noticia de mi muerte?—dijo alegremente Juan.

—Sí.

—Es inútil hablarle de ella... Eso le causaría pena. Iré, tal vez, á dársela yo mismo cuando sepa dónde anida.

—¿Tú no temes nada?

Juan sonrió.

—No mucho—dijo.

Hacia diez minutos que estaban hablando, cuando se abrió la puerta de la granja.

Sin hacer el menor ruido, para no turbar el reposo de la madre, aparecieron en el umbral Magdalena y Pedro.

—Desde tu partida apenas duerme—repuso el viejo.—Os quiere como una gallina á sus polluelos. La pobre mujer tiene mucha pena, pero sabe sufrir; es fuerte y no se queja... Va á ser muy feliz al verte.

Magdalena y Pedro se les habían incorporado.

Los cuatro entraron en un establo, y Magdalena, mirando dulcemente á Pedro, le decía:

—¿Veis? ¡Ya está otro de vuelta, y con este no contábais! Lo mismo volverán los otros.

Magdalena fué la comisionada para dar á la madre la buena noticia de la llegada de Juan.

La alegría causa miedo.

La criada no tuvo necesidad de despertar á su ama.

Los ancianos tienen el sueño corto y ligero. La madre, al ver entrar á Magdalena risueña, presintió alguna buena noticia y la preguntó con ansiedad:

—¿Qué hay?

—Pues hay que vengo á daros una noticia que va á sorprenderos.

—¿Cómo?

—Tenemos una visita.

—¿De quién?

—De alguien que viene de lejos...

—¡Teresa!—exclamó la madre, que no cesaba de pensar en su hija.

La cara de la sirvienta se entristeció.

—No, no es de ella de quien voy á hablaros.

—¿De quién, pues?

—Os he dicho que de alguien que viene de lejos.

—¿Guillermo tal vez?

Magdalena movió la cabeza.

—El señor Guillermo está á miles de leguas y os envía dinero por uno de sus amigos. La Australia está lejos; pero el que os trae ese dinero de parte de vuestro hijo viene de más lejos aún.

La criada se inclinó al oído de la anciana y la dijo con voz temblorosa:

—¡Es alguien á quien ereis muerto!...

La madre miró á Magdalena con desconfianza.

—¡Alguien á quien creo muerto!—murmuró, tratando de comprender.—No hay más que Juan... Y ese no puede entrar en el país: estará en el presidio encerrado.

Se abrió una de las puertas de la cocina que daban á la sala, que servía de dormitorio á la anciana, y apareció Juan.

—No, madre mía—dijo,—ya no estoy en el presidio, y espero no volver á él jamás.

—¡Juan!—exclamó la madre desfalleciendo.  
—¡Tú, mi pobre Juan, hijo mío!

Le tendió los brazos, se precipitó él en ellos y así permanecieron largo rato.

—¡Aun faltan dos: Guillermo y Teresa! ¡Que vuelvan, y moriré contenta!—dijo por fin la anciana.

Los dos preferidos entre sus hijos, si se puede decir que hay preferidos entre los seres á que una madre ha dado toda su alma, eran Teresa y Juan.

Teresa, la debilidad; Juan la fuerza; pero cariñoso, pacífico, lleno de atenciones y de cuidados; Juan, que la cogía entre sus brazos cuando estaba enferma y la llevaba de un sitio á otro, que pasaba la noche á la cabecera de su cama, que se acostaba en un jergón cerca de su lecho, rodeándola de precauciones más sensibles por el contraste de su fuerza y de su sumisión.

Fué una verdadera alegría en la Boca del Lobo la llegada de Juan.

Pero la idea de Teresa contrariaba en gran parte esta alegría.

Pero, ¿por qué no se había de confiar en que Dios la volviera á su casa como á los otros?

Encerrados en la casa, la madre, los hijos y el cazador de topos hablaban de las aventuras de la familia.

Desde hacia un año, había llevado una existencia turbada que ella no conocía antes.

Puesto que Marcelo había vuelto, sólo Teresa quedaba por encontrar, y para tranquilizar á su anciana madre, Juan afirmaba que no

estaba perdida, que sólo una fatalidad hacía que no la hubiesen encontrado hasta entonces.

A cosa de las diez, seguían hablando aún, cuando el ruido de pasos que se acercaban les advirtió que algún extraño estaba en el patio.

Era el cartero.

Iba raras veces á la Boca del Lobo.

Sin ser un mal hombre, el pobre diablo pasaba por ser uno de los partidarios del administrador del castillo de la Ferté.

Barasson se mostraba bueno con él.

Cuando el cartero, que se llamaba Giboise, llegaba al castillo, era siempre la hora del almuerzo.

Su cubierto estaba siempre puesto en la mesa con el de la servidumbre de la condesa.

Estas atenciones se pagan.

Barasson le hacía hablar, y por él sabía parte de lo que pasaba en el país.

Sin darse cuenta tal vez, Giboise le servía de policía.

Cuando entró en el patio de la granja, el cartero, se admiró de encontrarle desierto.

El cuidado conque estaba cerrado todo, le dió que pensar.

Miró á todos lados, y por fin llamó con voz chillona.

Se abrió la puerta de la cocina.

Al mismo tiempo Giboise oyó ó creyó oír el ruido de otra puerta que se cerraba.

¿Quién tenía interés en ocultarse?

A fuerza de reflexionar había olvidado á qué había ido allí.

—¿Traéis alguna carta, Giboise?—preguntó Magdalena.

—Sí.

—Dádmela.

El cartero la sacó de la baliya.

Era la que Teresa había puesto en el correo para su madre.

Pedro la cogió, y en cuanto se fijó en el sobre conoció la letra de su hermana.

Rasgó el sobre con precipitación.

Al leer las primeras líneas se puso muy pálido, pero dominó su emoción.

Dobló la carta después de concluir la lectura y la guardó en el bolsillo.

Su madre le interrogó con una mirada.

Pedro la indicó que estaba allí el cartero.

A Giboise no se le escapaba la turbación que su presencia causaba á los Montaron.

Se preguntaba:

—¿Qué pasa?

Evidentemente allí había algo extraordinario. ¿Pero qué?...

Por fin se decidió, no sin sentimiento, á abandonar el puesto.

Lanzó á la triste familia los «buenos días» de rigor, y salió con gran consuelo de los allí reunidos.

Tan luego como el cartero hubo llegado al patio, la madre, con el corazón oprimido por el presentimiento de una desgracia, preguntó á Pedro:

—¿Esa carta?

Pedro hubiera querido hacerla desaparecer; pero esto era imposible.

—Es de Teresa—dijo.

Y en seguida añadió:

—La habrá escrito en un momento de desesperación... No os asustéis.

La viuda se aproximó á su hijo.

—¿Es á mí á quien está dirigida?

—Sí.

—Dámela.

—Pero...

—Ocurre alguna desgracia... lo sé... Me ha bastado verte...

Y alargó la mano.

—¡Dámela!

Pedro obedeció.

Entonces la madre leyó en alta voz las tristes líneas que su hija había escrito en el momento en que iba á poner en práctica su funesto propósito.

Durante la lectura no desfalleció un momento.

Pero al concluir cayó de rodillas y murmuró:

—¡Pobre Teresa! ¡Dios mío, perdonadla como yo la perdono!

Pedro se había sentado, y con los codos apoyados en la mesa, ocultó la cabeza entre las manos.

Magdalena estaba en pie á su lado y no se atrevía á pronunciar una palabra de consuelo.

El cazador de topos, apoyado contra la pared, no hacía un movimiento.

El anciano parecía herido por un rayo.

Pero de todos aquellos rostros, el que parecía más aterrorizado era el de Juan.

Un dolor tan punzante como el de los demás estaba impreso en él; tampoco se movía; pero su dolor era feroz, rabioso.

Aquel terrible golpe le agobiaba en el momento en que renacía en él la esperanza, en que su porvenir parecía mejorar, cuando las cartas de Guillermo y de Marcelo anunciaban días mejores, esto le exasperaba.

Su odio hacia los Corbiere se encendió de nuevo, violento como un incendio que, casi apagado, estalla de nuevo por el soplo del viento de tempestad.

Que le hubiesen aplastado á él, que le hubiesen perseguido, condenado, deportado, todo esto podía olvidarlo.

El era hombre y sabia defenderse.

Pero que á aquella dulce criatura, su orgullo, su alegría, el amor de todos ellos, la flor de aquel triste sitio que se llamaba la Boca del Lobo, hubiese sido profanada, abandonada, despreciada y reducida á deshacerse de una existencia que la falta de un Corbiere y el desden de los otros la hacían odiosa, él no lo perdonaría nunca!

En su cabeza se sucedían ideas feroces, rabiosas, y se preguntaba á quien podría él herir á su vez, antes de desaparecer del país que odiaba con aquellos habitantes.

Conocía á Teresa.

Era de su misma sangre, incapaz de aceptar la humillación de una vida pobre, como él era incapaz de sufrir la vergüenza y los ultrajes del presidio.

Ella había debido, pues, cumplir su palabra.

Había muerto.

Siempre queda en el corazón un resto de esperanza y un átomo de ilusión, hasta que la prueba cierta, irrefutable del desastre está entre nuestras manos y ante nuestros ojos.

Juan, viendo el aniquilamiento doloroso de su madre, herida en lo que tenía de más querido, trataba de reanimarla.

Se acercó á ella, y dulcemente, levantándola con la ternura que le hacía tan querido á todos, la dijo:

—No es tiempo de afligirse tanto. Hasta ahora no sabemos si la desgracia es irreparable. Nada sabemos de cierto. Pero si sabemos donde está... Yo voy á marchar... Esta noche estaré en París...

—¿Y si te ven... si te conocen?...—objetó el mayor de los hermanos.

—No temas nada... ¿Quién se acuerda de mí? Nadie se atrevió á retenerle.

La carta de Teresa, la idea de un fin trágico, aterraban á la anciana, su hijo y Magdalena.

El cazador de topos no tenía ya ni aun fuerzas para pensar.

Sin embargo, dijo maquinalmente:

—Tienes razón... marcha... Si tú no estuvieses aquí, iría yo. ¿A qué hora hay tren?

Era preciso esperar.

De Cour-Cheverny á Blois no había más que un tren de ida, á las seis cincuenta.

Magdalena sirvió el almuerzo.

Con el dinero que había enviado Marcelo y el que en nombre de Guillermo había llevado Juan, volvió el desahogo á la granja.

Terminado el almuerzo, se puso en camino Juan.

No era más que la una, y tenía tiempo sobrado para llegar á la hora del tren.

Antes de salir de la Boca del Lobo habló con su hermano.

En cuanto supiese algo, enviaría un despacho al cazador de topes, quien lo esperaría al día siguiente en Marolles, donde tenía amigos, y lo llevaría en seguida á la granja.

Se esforzó por dar un poco de esperanza á su madre y á su hermano, agobiados por este último desastre.

Y partió.

Había llegado por la mañana, al salir el sol, á la casa paterno, con la alegría en el corazón, dispuesto á olvidar antiguos rencores, viejas injurias.

Se marchaba sobreexcitado, con el alma llena de hiel.

Cuando pasó á la vista del castillo, levantó los puños y amenazó con furia; pero de pronto vió que de las cuadras salían dos caballos de gendarmes.

Un mozo los llevaba hacia sus jinetes, que sin duda se refrescaban en la cocina.

El cielo estaba ligeramente cubierto, y el calor era sofocante.

Juan Montarón esperó diez minutos para saber á qué lado se dirigían aquellos guardianes del orden.

Pronto los vió montar en sus cabalgaduras, hablar un momento con unos hombres á quienes no pudo conocer por estar tan distante, se-

pararse de ellos y dirigirse hacia la Boca del Lobo.

En esto no había nada de particular.

Aquellos dos valientes debían hacer su vuelta en conciencia.

En todo caso, su presencia en aquel sitio era para el condenado una nueva invitación á la prudencia.

Se internó en el bosque de la Ferté, que conocía palmo á palmo, siguiendo caminos extraviados y ocultándose de árbol en árbol en los claros del bosque, como un animal que se esconde.

De cuando en cuando hacía girar su palo alrededor de su cabeza, á manera de honda.

Estaba apenas á dos kilómetros del castillo, cuando se detuvo de pronto.

En una vuelta rápida del sendero, á pocos pasos de él, acababa de oír el ligero y rápido trote de un caballo sobre el cesped.

Hubiera podido huir, ocultarse como una liebre detrás de algún matorral.

Una fuerza misteriosa le clavó en el sitio donde estaba.

Se quedó inmóvil, prestando atento oído, y mirando con mucho cuidado.

Los caballos de los gendarmes no tienen ese paso tan ligero.

El instinto del cazador furtivo le decía que quien se acercaba era la señorita del castillo.

Apenas tuvo algunos segundos para reflexionar.

Apareció el caballo en seguida, y en frente del obstáculo imprevisto que le estorbaba el



paso, dió una violenta sacudida, tratando de echarse fuera del camino, y estuvo á punto de desmontar á su ama.

Juan le cogió de la brida é impidió que es saliera del camino.

No se había equivocado.

Era Fernanda de Corbiere quien estaba delante de él.

El rostro de la joven experimentó una sorpresa profunda, pero nada de espanto.

—¿Os asusto?—dijo Juan con un tono lleno de amargura y de amenaza.—¿Vos no esperábais encontrarme aquí?

—¡Oh! no.

—¿Esto os disgustará, sin duda?

—¿Por qué?

—Porque yo no puedo ser más que un enemigo implacable para vos y los vuestros.

—¡Vos, Juan!

—Han debido deciros que yo había quedado allá, acerbillado á balazos, en el fondo del agua, en Nueva Caledonia.

—Nos lo han dicho en efecto.

—¿Lo habíais creído?

—He debido creerlo, como todo el mundo.

—¿Y os habreis alegrado?

—No.

—Es estraño, porque entre nosotros existe una profunda y vieja aversión que hace que no reconozcais á los hijos de los vuestros y rechazais á sus madres!

Fernanda movió la cabeza dulcemente.

—No he tenido jamás tales ideas—dijo.

—Esas no son más que palabras... Ahí están

los hechos... ¡Ellos claman contra vosotros! Ese odio de que os he hablado existe...

—¡No en mi corazón, os lo juro!

—Pues bien, en el mio vibra, lo envenena. Me dice que de un solo golpe me vengue de todas vuestras miserias: que devuelva á vuestra madre y á vos misma todo el mal que los Corbiere han hecho á los Montarón! El azar que os ha puesto en mi camino puede perderos... Puesto que os tengo en mi poder, porque no he de abusar de vos como vuestro hermano abusó de la que ha muerto por culpa de él y de los vuestros!

—¡Muerta!... ¿Qué decís?

—Sí. Teresa ha debido arrojar al Sena ayer... Se ha suicidado por miseria, por desesperación de no poder ganar su vida y la de su hijo.

—¿Quién os lo ha dicho?

—Una carta que acabamos de recibir. Yo os perdonaría todo, las vejaciones sin número de que hemos sido víctimas, mi condena, el presidio, ¡todo en fin!... Pero la muerte de Teresa clama venganza. ¿Qué os había hecho esa pobre criatura? ¡Mirad, marchaos! Haced lo que queráis. Delatadme, descubrid el secreto de mi vida y de mi estancia aquí... Yo no sé maltratar á una mujer, pero creedme, marchad... No os quedeis un momento más, porque en verdad no se de qué seré capaz.

Soltó la brida del caballo y se quedó en pie en medio del sendero, con los ojos fijos en el suelo, no atreviéndose á mirar á la joven, oprimiéndose el pecho con sus brazos cruzados co-